

VI

LA MARQUESA DE COULTERAY

Cristina me llevará donde quiera. Acepto todo cuanto me propone. Soy el último de los cobardes, porque ahora ya sé por qué ha venido a buscarme y por qué me aguantará cerca de ella... ¡Porque soy feo!...

Cuando se hayan fijado en la necesidad de poner a una tercera persona en su intimidad, habrán pensado en mí inmediatamente. ¿No soy yo esa «tercera persona» ideal? Piensan que no tendrán nada que temer de mí. Pero los monstruos no gustan de que abusen de ellos.

En fin: veremos. Dejémonos llevar, ya que no puedo hacer otra cosa.

Henos a los dos en el callejón que lleva al muelle, en el callejón que no suele ser más que una corriente de aire y que esta mañana es sacudido por un ventarrón que limpia furiosamente toda la isla de las escorias de la noche. ¡Oh polvo nocturno, fúnebre hedor! ¡Que se lo lleve el viento, que se lo lleve! En el viento no veo más que las piernas de Cristina forradas de seda, dando con taconillos Luis XV sobre el viejo pavimento del rey. «Bajo tus zapatos de satén,—bajo tus deliciosos pies de

seda,—pongo mi gran alegría,—mi genio y mi destino.»

Todavía tiene empaque esta decrepita mansión, que se levanta ante nosotros como una sombra fastuosa del pasado... El palacio Coulteray y el palacio Lauzun son seguramente los más bellos de la isla. Y el primero, uno de los mejor conservados en su ancianidad, el que ha sido menos retocado por nuestros modernos arquitectos. Hemos penetrado bajo sus bóvedas por un portillo de la enorme puerta con grandes clavos y dos hojas. Y hemos encontrado a un noble anciano con una gorra galoneada que parecía esperarnos. Produjo el portillo tras de nosotros un ruido sordo, y entramos en una obscuridad en la que gravitaba el peso de varios siglos.

Luego dimos en el patio de honor, que Cristina me hizo atravesar rápidamente. Sobre las losas con borde musgoso era ella la única en no titubear...

No me dió tiempo para admirar la curva armoniosa de la escalinata... Estábamos ya en el despejado vestíbulo, donde fuimos acogidos por una especie de gato humano, que salió de no sé qué recoveco y cuya cara de bronce bruñido, con dos enormes ojos de jade, llevaba un turbante de seda immaculada...

—Es Sing-Sing—musitó Cristina—, el lacayo indio del marqués, muchacho muy simpático y servicial, pero un poco molesto, porque se entromete en las piernas, se coloca en una cornisa o se balancea del montante de una puerta «para dar miedo en broma»... Apártelo palmoteando, como a un animalillo, como a lo que es... ¡Vete, Sing-Sing!...

Sing-Sing nos abandona, y en tres saltos se llega a una especie de hornacina muy adornada, que tiene algo de garita y de canastilla y donde, envuelto

en mantas, espera órdenes, mientras medita sus pequeñas farsas.

Cristina empuja una puerta y atravesamos muchos salones con artesonados incomparables, con antiguos dorados, con muebles de grandes paramentos, que sólo asoman los pies taraceados... ¡Oh el pasado intacto y glorioso!... Y he aquí que, súbitamente, en el vano de una puerta, surge una estatua del Pendjab, un hércules indio que fríamente nos saluda abriéndonos con un gesto augusto la puerta de la biblioteca.

—Este—dice Cristina—es Sangor, el primer camarero del marqués, su doméstico de confianza. Sangor tiene algo de divinidad. Siempre parece salir de una conferencia con Buda. Y trae un vaso de agua azucarada como si ofrendara todos los tesoros de Golconda. Fíjese en él. Se le tomaría por un bruto, cuando es inteligente, a mi parecer. En realidad, no se sabe si comprende a uno, pero le adivina. ¡Y es fuerte como una cariátide!

—Pero ¿es que aquí sólo hay servidumbre india?

—No. El portero, a quien usted ya ha visto, es francés. El único. La servidumbre de la marquesa es de Inglaterra. Los servidores del marqués, sí, son indios... Como usted sabrá, se casó en el Indostán...

—Lo sé... Pero esta biblioteca ¡es prodigiosa!... No había usted exagerado nada...

—¡Nunca exagero nada!

En aquella biblioteca pálida, muy pálida, de viejas maderas borrosas, de molduras gastadas, de celosías con el dorado perdido y ligeras como los primeros enlaces de una canastilla destinada al tocador de una coqueta, había millares y millares de volúmenes con encuadernaciones centenarias... Sospeché, desde luego, maravillas en lo que veía sobre mesas y en facistoles...

—¡Oh, ya verá, ya verá!—me dijo Cristina—. Hay libros inapreciables y autógrafos rarísimos, como no los posee ni el Arsenal. En este cofrecillo flordelisado está el libro de horas de Blanca de Castilla, que legó al santito de su hijo... Lea: «Es el salterio del señor don Luis, que había pertenecido a su madre.» Procede de los dispersos tesoros de la Santa Capilla. Esta es la biblia de Carlos V, en la que manuscibió el rey: «Este libro es de mí, el rey de Francia»... Y este misal, cuyas hojas tienen sendas guirnaldas, se debe al incomparable pincel del «maestro de las flores», el gran artista de nombre desconocido... ¡Oh, querido encuadernador, qué manantial de inspiración es esto!... En esta arqueta se conserva la carta de amor de Enrique IV abrazando un «millón de veces» a la marquesa de Verneuil... El marqués quiere reunir los autógrafos, si encuentra un encuadernador digno de reunirlos. ¡Téngalo en cuenta, Benito Masson!

Yo estaba anonadado. De mí solamente subsistía el artista... Hasta el enamorado parecía haber huído... De pronto, en aquella estancia lívida, por la que se deslizaba una luz mezquina, noté que el drama (olvidado por un instante) penetraba con aquella figura de ensueño, envuelta en pieles blancas, que caminaba hacia nosotros... Pero ¿qué drama?... ¿El que en parte había visto desarrollarse ante mis ojos?... ¿Otro de aquí que aun no conocía?... Quizá los dos...

Cuando recuerdo aquella primera hora singular pasada en el viejo palacio de Coulteray, lo que domina en mí es la impresión de que tal vez uno de los dos dramas pudiera explicarse algún día por el otro y de que en todo no eran independientes entre sí... El muro levantado antaño para separar la vieja morada, no se paraba ya desde que Cristina daba tan fácilmente la vuelta.

¿Qué había de verdad en cuanto me había contado por la mañana? Quizá iba a saberlo de la propia boca del pálido fantasma que avanzaba hacia nosotros... Era la marquesa. La reconocí, aunque me pareció mucho más exangüe que cuando la vi por primera vez. Su aparición me sumió inmediatamente en ese indefinible ensueño que nos causa una música dulce y triste traída a nuestros oídos por una brisa lejana a través de un gran silencio... ¿Qué hábito del más allá levantaba aquella frágil imagen? Así como Cristina parecía la realización ideal de la vida por su parecido con las más suaves figuras del Renacimiento italiano, el rostro de la marquesa tenía un aire de sueño con transparencias tan delicadas, que se hubiera temido profanarlas al examinarlas. Yo no me cansaba de mirar a Cristina; pero ante aquella lady lánguida, no se podía más que bajar la vista por temor a rozarla o quizá por compasión..., tanto más cuanto aquella forma fugitiva estaba iluminada dulcemente por la triste llama de una mirada llena de inquietud y de dolor.

Pude observar inmediatamente que era esperado, porque apenas me hubo presentado Cristina, la marquesa me agradeció con efusión el haber acudido. Por cierto que lo hizo con gran rapidez, como si temiera ser sorprendida. Con voz que recordaba el piar de un pajarillo caído del nido, me dijo:

—La señorita Norbert nos ha hablado de usted... El marqués necesita un hombre como usted para sus colecciones, que estima en mucho... ¡Figúrese que la señorita Norbert quería abandonarnos!... ¡Es tan triste esto!... Pero en compañía de un artista como usted seguramente tendrá paciencia... También yo amo los libros... Y vendré a verles de vez en cuando... Me aburro... ¡Ay, si supiera usted cómo me aburro!... Perdón... He sido educa-

da en la India... No hay que dejarme sola, no hay que dejarme sola...

Dicho esto, se fué apresuradamente. Y desaparecía como si se filtrara a través de las paredes, repitiendo las palabras «No hay que dejarme sola».

Cristina no me había mentido. Si se quedaba en aquella casa, no era tanto por el marqués como por la marquesa, que le inspiraba lástima... Claro está que de tratarse de una intriga con aquel hombre, no me lo iba a decir... Y Cristina murmuró:

—¡Pobre mujer!

Permanecemos silenciosos un momento. Yo, a través de los cristales, miraba el jardín que se extendía detrás del palacio, y que me pareció algo descuidado, lo cual, ciertamente, no era para desagradarme. El ya próximo verano vencía en las frondas de verdura y en la libre eclosión de las flores. Me volví hacia Cristina para decirle:

—La salud de la marquesa me parece muy precaria.

Apoyando la frente en los cristales, me contestó:

—Eso depende de los días. A veces parece a punto de expirar... Luego, con jugo de carne, recobra fuerzas y se muestra normal...

—¿Cómo normal?... ¿Qué quiere usted decir?...

—Nada... *Lo único que creo es que la marquesa tiene demasiada imaginación...* Sí; hay días en que se cree más enferma de lo que está... Y eso basta para que efectivamente enferme...

Y Cristina, sin transición, agregó:

—¡Ay, señor Masson!... Quería decirle una cosa... ¿Ve aquella puertecilla del fondo del jardín?... Da a la calle que hemos seguido para venir aquí... Está a unos cincuenta metros de su casa... Le sería mucho más cómodo venir aquí por esa puerta y entrar por la puerta de la biblioteca que da al jar-

dín, en vez de dar la vuelta por la entrada principal y tener que esperar al cancerbero... Le indicaré al marqués que le conceda la llave.

—¿Cree usted que el marqués se la dará a un desconocido?

—En primer lugar, usted no es un desconocido... Además, el marqués no me negará la llave, desde el momento en que soy yo quien la pido para usted. Ahora bien: cuando usted la tenga, me la dará...

—¿A usted?

—¡A mí!... ¿Por qué pone esos ojos de asombro, esos ojos que demuestran los peores pensamientos? Si necesito esa llave, no es para venir aquí a escondidas..., puede usted creerlo. Es para huir, si lo necesito.

¡Apenas podía dar crédito a lo que oía!

—¿Acaso el marqués es un hombre terrible? —pregunté.

—Ya lo verá usted.

Nuevo silencio... Lo veré si quiero, porque, en fin de cuentas, no se ha decidido nada. Pero me guardo muy mucho de expresar esta opinión, juzgándolo vano e inútil a causa del poco caso que hago de mi voluntad frente a la de Cristina... Sin embargo, no puedo disimular mi inquietud. Hace algunos minutos la marquesa y Cristina ¡me han paseado por una atmósfera tan insegura! La hija del relojero comprende mi vacilación:

—Aquí no ocurre nada más que lo que le he dicho, y que no tiene nada de excepcional...

—¿Veré ahora al marqués?

—Hoy quizá no... Creía que lo encontraríamos... Pero todavía estará algo avergonzado de la escena de esta mañana...

—¿Esta mañana?

—Sí; ha querido abrazarme... Es lo único grave

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO R. VES"  
Apto. 3025 MONTERREY, MEXICO

que ha pasado entre nosotros... Es perdonable...

—¿Cómo?

—Se lo perdono... Pero tomo mis precauciones para el porvenir. Nada más.

—¡Ya!... La llave... y yo...

Cristina comprende mi estupefacción y ocurre el hecho estupefaciente de que me coge la mano y la conserva entre las suyas, como si mi mano le perteneciera. Era un gesto con el que tomaba definitiva posesión de mi persona. Y me dice:

—Sea mi amigo... ¡Hace mucho tiempo que lo deseo!

¡Mucho tiempo!... Sin embargo, cuando pasaba cerca de mí durante meses y años, ni tan siquiera pestañeaba y su mirada había permanecido «helada en el lago inmóvil»... ¡Ten compasión, Cristina!... «No me hagas llorar», como dicen mis pobres versos... Soy huérfano... Soy un niño... No me atraigas a tu fuego... Nada puede contenerme... Y quizá no me perdonarás tan fácilmente como has perdonado a tu marqués...

Yo no me atrevía a hablar ni me atrevía a moverme por miedo a una catástrofe, a una imprudencia, a una torpeza, a una caricia por mi parte, que aun cuando la ofreciese de la manera más delicada, no podía ser, procediendo de mí, más que una brutalidad... (En cuanto a eso, juro que sabía a qué atenerme.) De todos modos, mi mano debió quemarla, porque la soltó de pronto como se suelta un hierro que arde. Pero encontró una excusa a su gesto demasiado brusco:

—¡La marquesa!

Yo no había oído nada. Mas las pieles blancas habían vuelto, en efecto. Estaban detrás de nosotros, envolviendo una cara inquieta, sonriente y lejana, como un viejo dibujo al pastel.

—¿Se queda, señor Masson?

¡Sí, sí, me quedo!... Pueden estar tranquilas...

## VII

## EL MARQUÉS

1.º de junio.—He visto al marqués; es campesino. Pero antes había visto *sus retratos*. Es una anécdota muy chocante que conviene contar aquí, porque para mí ha representado la primera luz proyectada sobre la singular intelectualidad de la marquesa.

Como Cristina no se hallaba presente, yo me he encontrado muy cohibido. Era la segunda vez que me presentaba sin encontrar a nadie, pues no considero al felino Sing-Sing y a la cariátide de Sangor. No me atrevía a tocar nada, y para calmar mi impaciencia procuraba fijar mi atención en cuatro retratos que representan al padre, al abuelo, al bisabuelo y al trisabuelo del actual marqués, o sea toda la serie de los Coulteray hasta Luis XV... Los otros, según parece, se encuentran en la galería del primer piso... Pero aquéllos me bastaban de momento...

Aquellas cuatro imágenes me ofrecían la historia del vestido masculino en Francia durante un período de ciento cincuenta años, con la extraña particularidad de que los diferentes atavíos parecían vestir a la misma persona: tanto se parecían los Coulteray.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO ALYÉS"  
FEB. 1952 MONTERREY, MEXICO

Casi me atrevo a decir que se asemejaban hasta en el tono y en las maneras. Bajo los encajes y los faldones del traje Luis XV, bajo la corbata a la Garat, el traje y las polainas a la inglesa del año IX, bajo la levita de amplio cuello del tiempo de Carlos X, bajo el traje a la francesa del segundo Imperio, se encontraba al mismo Coulteray subido de color, de nariz fuerte, de boca carnosa, aunque no desprovista de finura, de ojos llenos de un fuego extraño y turbador, de frente algo estrecha, pero voluntariosa, subrayada por cejas unidas por su nariz y, sobre todo, de un gran talante de audacia algo insolente que parecía decir: ¡el mundo es mío!

La visión que yo había tenido del marqués actual, sentado dentro de un coche veloz, había sido muy fugitiva para que yo pudiese decir que continuaba tan de cerca como los demás la semejanza con el trisabuelo. Y dije en voz alta:

—Falta aquí el retrato de Jorge María Vicente.

Apenas acababa de expresar mi pensamiento, cuando detrás de mí dijo una voz:

—¡Está!

Me volví.

La marquesa estaba allí, siempre tiritando en sus pieles. Yo me incliné.

—¿No lo ve?—preguntó.

—¿Dónde?—repuse yo, un poco asombrado por la manera con que me preguntaba aquello. Parecía hablar como soñando, y sus ojos eran inmensos...

—¿Dónde?... ¡Ahí!...

Y con el dedo me señalaba los cuatro retratos.

—¿Cuál?—interrogué cada vez más estupefacto.

—*No importa cuál*—me contestó con voz muy tenue.

Y como vencida por un gran esfuerzo, se dejó caer en un butacón.

Entonces se abrió la puerta y entró el marqués.

No sé si vió a su mujer. Creo que no se dió cuenta de ella. Estaba colocada de manera que él podía no verla. De todos modos, ella no hizo ningún movimiento. Quedó acurrucada en su rincón, como un animalillo blanco, tímida, sin atreverse a respirar...

En cuanto vi de cerca al marqués, comprendí lo que la marquesa había querido decir con su «no importa cuál». En realidad, se parecía a cualquiera de los alineados en la pared.

—¡Ah!... Usted será, sin duda, el señor Benito Masson... No puede figurarse cuánto me alegro de verle... La señorita Norbert me ha hablado frecuentemente de usted, y le estoy muy agradecido porque quiere dedicarme parte de su tiempo... Tiempo que aquí será muy bien empleado...

»¡Ah!... ¿Estaba contemplando los Coulteray?... Vale la pena... ¿Verdad que no parecen hombres aburridos?... Realmente, tuvieron mala reputación... No me quejo, ¿eh?... ¡Vaya una estirpe!... Eso sí, siempre fieles a su rey... ¿Conoce usted nuestra divisa? *Más de lo justo*.

»¡Hermosa divisa! Siempre más de lo justo, tanto en el bien como en el mal, tanto en la guerra como en los placeres... Hablo del tiempo en que había placeres, ¡claro está!... Esos señores conocieron aquellos tiempos... ¡Les envidio!... Hoy sólo tenemos contadas distracciones; ¡ni tan siquiera se puede cazar!...

»¡Oh, qué hombre era Luis Juan María Crisóstomo, primer caballero de Su Majestad!... Hemos hecho grandes cosas. No cabe duda... Nos maldicen en todos los manuales de Historia de Francia, redactados por los masones de hoy..., porque en cuanto a los de antaño... ¡todos hemos sido más o menos masones!... Recuerdo, y ello ocurrió a

mi bisabuelo, que era el primer gentilhomme de cámara de Luis XVIII; *recuerdo*, repito, *que aquella noche se rió a más y mejor...* Era una noche de iniciación en que mi bisabuelo pasó «de veras» su espada a través del neófito que había pronunciado palabras muy desagradables para el honor de una dama que tenía el de ser a la vez querida de Su Majestad y de mi bisabuelo. «¡Era una *prueba!*» El pobre neófito murió, como es natural. Como ve usted, no se portó mal...

Y al pronunciar estas últimas palabras, se volvía hacia mí, de manera que, a decir verdad, yo no sabía de quién hablaba cuando decía «como ve usted». ¿De su bisabuelo? ¿De sí mismo?...

Y reía, reía de todo corazón y con toda su boca de dientes blanquísimos, de colmillos agudos... ¡Oh, era un hombre de buen humor, que tomaría bebidas secas y comidas sangrientas!...

—¿Ha observado usted cómo nos parecemos todos?... Se continúa la estirpe, se continúa la estirpe... (Creo que aquel día el marqués debió de beber, para hacer honor a su divisa, «más de lo justo», o *plus oequo*, como decimos en latín.)

De todas maneras, era un hombre nada misterioso, y que no suscitaba, como la marquesa, «ideas de fantasmas», dicho sea hablando como las beatas...

Y nos dejó allí, mientras Sing-Sing corría delante de él abriendo puertas, y oíamos sus enormes carcajadas, que parecían lo único vivo en aquel viejo palacio dormido.

Luego todo volvió a sumirse en el silencio, todo se borró nuevamente. Y la nubecilla blanca que había detrás de mí, preguntó:

—¿No le encuentra terrible?

—Nada de eso—contesté sonriendo—. Encuen-

tro que el señor marqués es un hombre vigoroso y lleno de salud...

—*¡Quizá, quizá!*—bisbiseó ella—. Precisamente eso quería decirle yo: «*¡Es terrible por su vigor y su salud!*»

Cada vez comprendía menos las palabras de aquella mujer. Y el aire de misterio con que me decía todo aquello me pareció completamente pueril. ¿Qué podía querer darme a entender con aquel «¡quizá, quizá!»?...

Echándose con gesto friolero las pieles sobre el hombro desnudo, añadió:

—¿Ha observado usted que el marqués, cuando habla de los Coulteray, de éste, de ése, de otro, pronuncia frecuentemente la palabra «yo»?...

—¡Oh, señora!... Seguramente dice «yo» como podría decir «nosotros los Coulteray»...

—¡No es eso! ¡No es eso!... Dice *yo me acuerdo de tal cosa*... Y, por lo tanto, cuenta la anécdota *como si le hubiera sucedido a él*...

¿Adónde iría a parar?... Siempre tenía muy abiertos los ojos, que reflejaban un pensamiento que sólo ella veía...

—¡Oh, señora!... Cuando el marqués dice «yo me acuerdo», hay que comprender «yo me acuerdo de que me han contado»... No puede ser de otra manera... El señor marqués no puede acordarse de una cosa que sucedió cuando él no había nacido aún...

—¡Claro!—dijo ella suspirando—. ¡Claro!...

Y se levantó.

—Se ha marchado en seguida—explicó—porque Cristina no estaba aquí... Le ruego, señor Masson, que cuando Cristina esté aquí no la deje sola con ningún pretexto... ¡Hasta la vista, señor Masson!... ¡Ah! Sing-Sing estaba detrás de nosotros, escuchándonos...

Me volví... En efecto, el monito indio mostraba sus ojos de jade tras la puerta entreabierta... Y le despedí palmoteando, según me había recomendado Cristina...

La marquesa, antes de irse, me tendió la mano con un gesto extraordinariamente cansado...

—Tengo una gran confianza en usted, señor Masson... Le hablo de cosas cuya importancia no comprenderá usted hasta más tarde... *Cristina no quiere comprender...* Me satisface mucho que usted esté aquí...

Y, resbaladiza, desapareció aquella figurita que tiritaba en el hermoso día del tibio mes de junio... Por un balcón entreabierto penetraba en la biblioteca el perfumado jardín, como entra la vida en una tumba privada de su momia... Y precisamente la vida entró con Cristina, resplandeciente de juventud, las mejillas purpúreas, la boca en flor...

Me dió ambas manos.

—¿Se ha aburrido mucho sin mí?...

No le contesté. ¿Qué hubiera podido decirle? ¿Que para mí no había vida más que junto a ella? Mi corazón tumultuoso me ahogaba.

¿Vió mi turbación?... Sin duda... Pero, de todos modos, no reveló nada...

Quitóse el sombrero en una actitud deliciosa, en aquella actitud especial que ponía en torno a su cabeza la luminosa corona de su brazo rosado...

—¡Vamos a trabajar!—me dijo—. ¿Ha visto usted a la marquesa?

—¡Sí! Y al marqués también... El marqués no me parece hombre de grandes complicaciones... Pero ¡la marquesa!...

—¡Oh!... ¿Ya ha empezado?... Cuénteme lo que le ha dicho...

Le narré detalladamente la entrevista...

—¡Pobre mujer!—suspiró—. ¿No le ha parecido un poco... un poco... loca?...

—Por lo menos, rara... ¿Cómo es que siempre tiene frío?...

—Ya le he dicho que es una mujer de gran imaginación... Se imagina que tiene frío, ¡y lo tiene de verdad!... ¿Sabe usted su preocupación, la preocupación que la obsesiona, la preocupación que la hace pasear como una sombra por este palacio de la Bella durmiente en el bosque?... Es cosa para no creerla... Y yo no la hubiera creído si el mismo marqués no me hubiera abierto los ojos sobre la extraña monomanía de su mujer... Monomanía de la que él ha sido el primero en sufrir, porque ha amado mucho a su mujer... Pues bien: la marquesa se figura que todos los marqueses que ve usted en las paredes y el de ahora, o sea Jorge María Vicente, son... ¡el mismol!...

—¡Ah!... Ahora comprendo...

—Ahora comprenderá seguramente su «no importa cuál», que ya me dijo a mí y que yo repetí al marqués, quien me lo explicó con una gran tristeza...

—Está loca, pues.

—Sí... En concepto de ella, el marqués Luis XV que está en esa pared, el famoso Luis Juan María Crisóstomo, ¡no ha muerto!... Y los demás, tampoco... El Jorge María Vicente de hoy es aún y será siempre Luis Juan María Crisóstomo... Y digo que será siempre, porque ella está convencida de que su marido no puede morir... *a menos que...*

—Diga...

—¡Oh!—exclamó Cristina—. ¡Quiere usted saber demasiado!... Sería entrar en un orden de ideas que aun no tengo derecho a tratar con usted... El marqués, a quien usted ha visto tan con-

tento y tan encantado de la vida, *no gusta de que conozcan todas sus miserias...* Precisamente, cuando le veo tan exuberante, supongo que busca olvidarlas... Ya le digo que ha querido mucho a su mujer... Y estoy segura de que aun la quiere... Es más: ¡creo que sólo ama a ella!...

»A veces intenta reír conmigo de lo que le ocurre... Pero no me engaña con su jocosidad... «¡Míreme!—me dice—. Y dígame si parezco un «Cagliostro o un conde de Saint-Germain... ¿Verdad que tiene gracia?... Pues eso se le ha ocurrido a mi mujer... Y no hay manera de apearla de su creencia... Antes de tenerla me miraba con cariño; ahora no puede verme sin espanto. «¡Tanta gracia tiene la cosa, Cristina, que no tengo más remedio que abrazarla a usted!...» Así las gasta, señor Masson... Lo que ocurre es que yo no quiero que el marqués me abrace... porque tengo novio...

—¡Ah! Sí, es verdad... Hace tiempo, ¿no?...

—Mucho tiempo.

—¿Y ha de durar mucho tiempo el noviazgo?

—me atreví a preguntar.

En vez de contestarme, volvió al tema de antes.

—La marquesa—dijo—es una inglesita sentimental, educada en la India, donde las más extravagantes teorías espiritistas causan estragos en los salones de la alta sociedad. Seguramente ha asistido a sesiones de ese fakirismo que trastorna los cerebros inseguros, y la marquesa es un cerebro inseguro.

»Además, lee mucho; se atiborra de novelas del «más allá». Por otra parte, el marqués, exuberante de vitalidad, quizá no ha comprendido que había que tratar con la mayor delicadeza a esa mujercita colocada entre dos mundos. Total: que hoy la ruptura es completa, o está a punto de ser-

lo. Se cuentan cosas estrambóticas del célebre compañero de orgías del Parc-aux-Cerfs, del famoso Luis Juan María Crisóstomo, que, como todos los señores de su tiempo, practicaba más o menos el ocultismo. La pobre marquesa las ha leído y ha visto esos cuatro retratos que, en efecto, tanto se parecen. Nada más. Ahora ya conoce usted a la marquesa. Procure, señor Masson, curarla, si puede, de su idea fija.

—He de hacerle otra pregunta, señorita Cristina... La marquesa... ¿es celosa?

—No. ¿Por qué?

—Porque al irse me ha dicho que, cuando usted estuviera aquí, no la dejara sola.

—Ya sé por qué se lo ha dicho. Los celos no tienen nada que ver con ello. Es una cosa sin importancia... Pero, de todos modos, prefiero que, dentro de lo posible, esté usted aquí cuando yo esté.

Cristina, en fin de cuentas, no me ha explicado la causa de que la marquesa me hiciera tal recomendación.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO RIVERA"  
1960 1655 MONTENHEV, MEXICO